

No hace falta buscarla entorno al noreñense palacio de Miraflores, donde vivió parte de su infancia y a donde regresó siendo ya monje en dos ocasiones para visitar a su madre; tampoco en Vigo donde nació accidentalmente el 15 de octubre del año 1763, ya que su padre, el entonces Brigadier de los Ejércitos de Su Majestad y Coronel de Milicias de Pontevedra, Manuel Jacinto Acevedo y N. avia y su esposa Josefa María Ventura Pola y Nayia de San Joaquín - prima de Alvaro Flórez Estrada -, residieron algún tiempo en la citada ciudad gallega, por destino militar del cabeza de familia donde, repetimos, nació José María Francisco de Borja, segundo vástago de siete hermanos. En el año 1770, la familia regresó a su mansión noreñense, tras ser ascendido su padre por el Rey Carlos III a Mariscal de Campo, por la cédula cuya copia se haya en el Archivo del Alcázar de Segovia.

Estudió José María sus primeras letras en Noreña, pasando posteriormente a Oviedo e iniciándose como cadete en la Academia Militar de Segovia cuando contaba con 16 años, terminando los mismos como Caballero Cadete en 1792, siendo destinado al campo de San Roque en Cádiz, para unirse a los cuarenta mil hombres que España tenía allí, con intención de forzar a los ingleses la rendición del Peñón de Gibraltar. Tras pasar por otro destino en Madrid y continuar estudios en Barcelona, José María escribe a su madre a Noreña donde le traslada su viejo deseo: **Madre y señora: No puedo menos desear el consentimiento de V. para dejar esta carrera en la que no tuve contratiempo alguno. Estoy en la mayor repugnancia ...** Intentando su madre, por todos los medios, apartarle de esa idea de abandonar la hasta entonces brillante carrera militar y su posterior ingreso en la Orden Religiosa de los Carmelitas en

Valladolid, tal y como hizo tras pasar la Cuaresma de 1786, cambiando las estrellas y casaca galo nada por un paño burdo marrón, capa blanca y sandalias abiertas con los pies desnudos, ordenándose sacerdote en 1789, ampliando estudios de teología en Salamanca, de nuevo Segovia, etc. hasta que decide integrarse como ermitaño en el Desierto de San José de Batuecas, en las estribaciones de la Peña de



Francia, término municipal de La Alberca, en terrenos que en el siglo XVI había donado el Duque de Alba, siendo durante cuatro décadas el morador más ilustre y afamado de cuanto vivieron en aquel monasterio, monjes dedicados a la oración y habitando muchas temporadas en toscas ermitas diseminadas por el precioso valle, haciéndolo el Padre Cadete en la oquedad de un alcorneque. Por allí pasaron soldados de la invasión francesa, los mismos que dieron muerte a su hermano primogénito en Aguilar de Campóo, ante las protestas de su ayudante Rafael del Riego que con tiempo alcanzaría el grado de general, además de muy afamado. En el año 1836, el gobierno de España ordena cerrar ciertos conventos, entre los cuales finiquitan el de Batuecas, consiguiendo nuestro protagonista - debido al afecto y prestigio de que gozaba en aquella comarca del monasterio, falleciendo al año siguiente, siendo sus restos

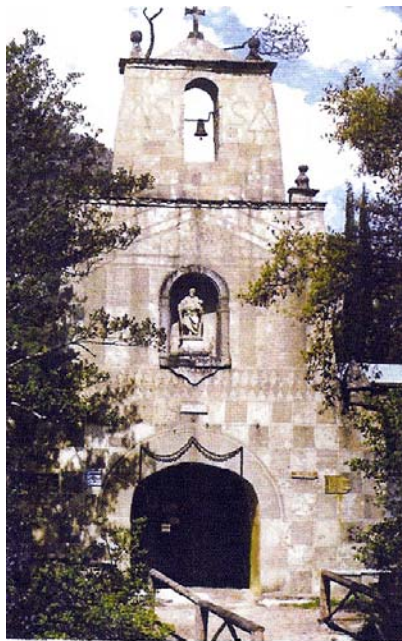
inhumados en la iglesia del Desierto, donde allí continúan en el mismo lugar privilegiado.

En el pasado octubre quisimos conocer personalmente el valle. Llegamos a él, tras dejar atrás el precioso pueblo de La Alberca, entre ocres otoñales de helechos y castaños que contrastan con los verdes musgos, tomando la empinada, retorcida y vertiginosa carretera del Portillo y efectivamente, en lo que a lo lejos bien parecía un desierto con vegetación escasa, llegamos al río Batuecas - desde los 1250 metros bajamos a los 600, y donde comenzamos a apreciar un auténtico vergel, con múltiples variedades de flora, donde:

"Hacen con esto el sitio muy vistoso los acebos, madroños, los sanguinos, los sauces, el durillo, los lentiscos cedros, jaras, cerezos, bledos, pinos, el arrayán, la higuera, el espinoso polipodio, helechos, tamariscos, silvestres vides, toronjil de riscos, el marrubio y fumarias, beleños, acederas, pulicarias, trébol, poleos, rudas y mastranzos, espárragos de monte en los ribazos y corredores cardos.

Como disponíamos del oportuno permiso para visitar el interior del amurallado recinto, nos adentramos por la avenida principal, donde ya apreciamos las renovadas ermitas de uso individual, cada una de ellas dedicada a un santo distinto. Desde allí y por todo el entorno de las paredes del

valle, vimos los restos de pequeñas edificaciones, llamadas también ermitas y distribuidas en los sitios más inverosímiles y con accesos prácticamente imposibles. Cada una de ellas señalada con un ciprés, cuyo color verde destaca por encima del tosco y rocoso paisaje, árboles que sobrevivieron a las propias ermitas, pues de la mayoría de ellas solamente se conservan parte de los muros y era el lugar donde los monjes se retiraban durante temporadas de oración, cada una de ellas con su correspondiente campana para utilizar en caso de auxilio. Abundancia de fuentes, árboles frutales, más ermitas deterioradas, cuidada hospedería y por fin en el interior de la iglesia, a la izquierda del altar mayor, llegamos al destino que nos habíamos propuesto, que no era otro que la tumba de nuestro personaje, la única que allí hay,



M.A.

lo cual ya dice bastante de lo que supuso este ilustre "noreñense" para todos los moradores del convento a través

de los siglos, así como para su orden religiosa:

Aquí reposa el cuerpo de P. José María Monte Carmelo llamado Padre Cadete. Murió en olor de santidad en este desierto de San José de Las Batuecas el 3 de junio de 1.837.

y añade la lápida:

**FUE LA LUZ DE ESTE
DESIERTO
Y FUE LA SAL DE ESTA
SIERRA
Y AUNQUE PARA EL
MUNDO MUERTO
VIVIÓ LABRANDO SU
HUERTO
PARA SER SANTO EN LA
TIERRA.**